



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas.

(Ramón del Valle Inclán.)



De los literatos jóvenes  
es Valle de los primeros,  
pues tiene ingenio, cultura...  
¡Cuanto escasea en el gremio!

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Carta particular, por Juan Pérez Zubiga.—Infancia, por Ricardo J. Castañeda.—Notas al aire, por Jackson Veyán.—Un débil, por Luis de Ansorena.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Ramón del Valle Inclán.—Física experimental.—Abrigos (cuatro viñetas).—Un débil (cuatro viñetas), por Cilla.



## DE TODO UN POCO

Ayer hizo un día horrible. El frío llegó hasta congelar el agua de las fuentes y la respiración de los transeúntes.

A una castañera se le heló el asador, y a un aficionado a Weyler, que anda siempre oliendo donde guisan, se le cayó la nariz junto a una columna minguitoria de la plaza del Rey.

Nadie habla más que del frío y sus consecuencias.

—¿Ha visto usted qué día?

—¡Horroroso!

—Yo traigo dos elásticas y un jubón de mi señora, y encima una camiseta de lana, y sobre la camiseta una toquilla, y después la camisola, y aun así estoy helado.

—Parece que va a nevar.

—No, señor, no nieva; me lo ha dicho Bonilla, el óptico de la calle del Príncipe, que tiene un barómetro de precisión en forma de sacerdote. Cuando éste se descubre, señal de buen tiempo, y cuando se pone la teja, nieve segura. Durante todo el día de hoy no ha hecho más que saludarnos con la teja a todos los que estábamos en el establecimiento, lo cual quiere decir que no se resuelve a nevar.

\* \*

Hay personas valientes, pero menesterosas, que han salido por esas calles desafiando a la temperatura, con chaquet de lana dulce entreabierto por los codos, a manera de ninfa que sonríe; y hay personas tímidas que no han osado traspasar los umbrales del hogar y han permanecido al lado del brasero, con los pies sobre la tarima, sepultados en enormes babuchas de orillo, sin pensar en sus obligaciones ni en nada absolutamente.

—¿Está D. Adalberto?—va a preguntar uno de la oficina.

—Sí, señor; pero como si no estuviera. Está medio helado—contesta la criada.

—Pues dígame usted que soy Catastro, el de la oficina.

—Díle que pase—murmura D. Adalberto cuando se entera de la visita.

Entra Catastro; D. Adalberto le saluda con un ¡ay! desconsador; después dice:

—¿Qué ocurre?

—El ministro le llama a usted, porque necesita el expediente de Cabestro de Abajo.

—Pues hágale usted ver mi triste situación. Se me ha entumecido todo el lado derecho y tengo una bola en un vacío, que no sé todavía en qué vendrá a parar.

—El caso es que está allí el diputado del distrito y tiene un genio terrible.

—Bueno, pues yo no puedo ir porque aquello está muy frío y temo fallecer.

—Haga usted lo que yo.

—¿Y qué hace usted?

—Pues me he llevado a la oficina a mi esposa, y nos pasamos el día disputando para entrar en calor.

—¿Pero permiten allí las esposas?

—Sí, hombre, sí; allí permiten todos los sistemas de calefacción con tal de que no se hielen los funcionarios.

\* \*

En días como el de ayer, el hombre no se da cuenta de sus actos, y a trueque de obtener calórico, se expone a los mayores peligros.

Sabemos de un matrimonio que se ha acostado con sus tres criaturas y la doméstica, todos en la misma cama, y de un viudo sin sucesión que ha dormido con el brasero por no tener a mano cosa mejor.

En el teatro, en el café, en la calle, en el salón de conferencias, todo el mundo hablaba del frío y sus naturales resultados.

—Yo, para combatir los rigores de la temperatura, uso elástica de ante vegetal—decía un diputado de la mayoría que está esperando que se reúnan las Cortes para entrar en calor.

—Pues para mí no hay cosa mejor que los guantes de piel de perro—añadía otro.

—No veo la consecuencia.

—Debo advertir a usted que los míos son de perro de lanas.

—¡Ah! Entonces...

\* \*

Donde únicamente pueden contrarrestarse los efectos del frío es en casa de D.<sup>a</sup> Gertrudis.

Allí se reúnen todas las noches unos chicos muy guapos que están de huéspedes en el segundo, y bajan a jugar la lotería de cartones alrededor de la camilla.

Además de la chica de la casa, que se intitula Aurora y es algo poetisa, aunque picada de viruelas, acuden a las reuniones otras jóvenes de la vecindad, dispuestas a admitir los galanteos de los chicos.

—¡Uy! ¡Qué noche tan cruda!—dice Aurora arrebujándose en una toquilla color de rata vieja.

—Hace una noche cruel—añade uno de los chicos clavando sus dulces ojos en la poetisa.

Y sus pies se juntan debajo de la camilla, entablando una conversación muda, pero amorosa.

—¡El veintitrés!—grita la señora de la casa sacando una bolita.

—Terno—responde uno de los contertulios colocando una judía seca sobre el cartón.

Ni Aurora ni su enamorado doncel fijan la atención en los números que van saliendo de la bolsa. Ellos se aman, y esto es bastante para su felicidad...

Allí nadie siente los rigores de la temperatura y la alegría se refleja en todos los semblantes; pero de pronto comienza a dejarse sentir cierto olorillo a cordobán tostado.

—Huele a aceite de almendras dulces—dice uno.

—No; más bien parece que se está quemando un sombrero hongo—añade otro.

En aquel momento la mamá de Aurora lanza un grito y huye asustada hacia la cocina.

Ya allí, sumerge un pie en un barreño y todos retroceden asustados.

—¿Qué ha sido?—pregunta con ansiedad su futuro yerno.

—Nada—dice ella, como si volviese de un profundo letargo,—que había metido un pie en el brasero y se me ha incendiado una zapatilla.

El frío está dando lugar a serios disgustos y a no pocos catarros bronquiales.

Conque lo mejor será que se arrojen ustedes.

Luis Taboada.

\* \*

## Carta particular.

«Querido Sinesio: Tengo un peso en mi corazón que me impide esta semana mandarte copias ad hoc. Te juro que en este instante no tendría más presión si se me hubiera caído encima el gobernador.

Tengo un disgusto terrible. ¿No sabes por qué? Pues voy, por si tú no lo sospechas, a referirte lo. Después de hacer para ti el miércoles anterior una silva titulada Los consejos del Mogol

(poesía que he notado que se me trasconejó), metí mano á mis papeles y por equivocación mandé á la imprenta de tu periódico el borrador de un romance estrecho y largo sobre la calefacción que en estas mismas columnas ha poco se publicó y forma parte de un libro que estoy haciendo al vapor. Más como no fui á la imprenta el jueves, por excepción, no pude advertirlo á tiempo ni evitar lo que pasó. Lo vi impreso y me produjo un efecto tan atroz que me caí desmayado sobre la vinda de Arbós, que me estaba refiriendo sus cuitas á la sazón, y que, presintiendo el golpe, junto á mí se coleccionó. Y los lectores de mí dirán: «Este buen señor no es de los que dan la hora, pero es de repetición. ¿Dos veces los mismos versos en pocos meses? ¡Por Dios! ¡Miren que es poca vergüenza! ¡Malos y en doble ración!» Y me pondrán como nuevo llamándome estafador, y pedirán mi cabeza como quien pide una col. Ponte, Sinesio, en mi caso,

piensa cómo estaré yo y haz patente á todo el mundo la disculpa de mi error. Desde hace unos cuantos días vivo entre tal confusión de papeles, tengo tantos encargos (gracias á Dios) de coplas para almanaques y revistas, que si no me vuelvo loco es por falta de tiempo. ¡Si es un horror! ¡Si ayer mismo he remitido versos á *La Ilustración Española, á Blanco y Negro, á Pan y Toros, á dos semanarios catalanes, al Almanaque del Sol, al Almanaque de Lokner, á El Faro de Badajoz, á El Eco de Valdeleñas y á El Cifro de Chinchón!* ¿Te parece á ti posible que, aunque el Supremo Hacedor me eche una mano, yo viva libre de una distracción? Pues ya lo sabes, ¡oh ilustre y querido director! ¡Ah! Y no insertes esta carta, que sólo es para *inter nos*. ¿Qué puedo hacer en tu obsequio y en obsequio del lector? Nada; tener cuidadito con otra equivocación, y no publicar por vez tercera, en un mes ó en dos, mi ya famoso romance sobre la calefacción.

Juan Pérez Zúñiga.

## Indecisión.

(MEMORIAS DE UN PEREZOSO)

Hace ya tiempo que me aburro un poco, pues no hallando placer en la alegría, mal puedo hallarlo en el dolor tampoco, y es un infierno la existencia mía. Si un instante lograra ser valiente, al fin saldría decididamente de esta neblina irresistible y loca. ¡No hay pena que no acabe fácilmente ahogándola en el cielo... de la boca!

Tiene un amigo mío muy pudiente un revólver Smith resplandeciente; lo sé, y al recordarlo me extasio, que á veces de otro mundo los reflejos con anhelo de enamorado ansio. ¡Pero este amigo mío vive tan lejos, por mi mal, tan lejos!... Así, por evitarme el breve engorro de hacerle una visita, siempre que le cité falté á la cita, lo cual para la muerte es un shorro. ¿Es fuerza, corazón, que te empereces cuando el afán de descansar te empieza? ¡Ay, sí! ¡Tú sabes bien que muchas veces no me maté... porque me dió pereza!

Y vino un día de dolor sincero, de fuertes dudas y de penas claras, en que logré juntar dos cosas raras, el valor y el dinero. Y el revólver compré; soñé la muerte como suprema paz de mi destino... Pero quiso la suerte que hallara una morena en el camino. Y como me da pena, mucha pena, ver sola á una mujer, rubia ó morena, por ser galán y acompañarla un rato, vendí el revólver. ¡Lo vendí barato!

¡Mujer inoportuna y adorable! Por dura ley de impulso inexorable tus breves pasos á seguir me obligo... ¡No me maté! ¡Tú fuiste responsable de todas mis desdichas! ¡Te maldigo! Viví en tus brazos un instante, y luego volvió el ansia tenaz que me sofoca.

¡Al cielo del amor hicimos fuego!  
¡Si hubiera sido al cielo de la boca!

Lo dicho; hay para rato de vivir triste y de tragar saliva...  
¿Yo muerto y ella viva?  
¡No! ¡Mientras ella viva, no me mató!  
Y aun queriendo morir, Dios es testigo que la intención no basta...  
¿Que se tiene dinero? ¡Pues se gasta!...  
¡Si no viviera lejos ese amigo!

Ricardo F. Catarreu\*

## FÍSICA EXPERIMENTAL



— ¡Este chisme se ha parado!  
¡Siempre está en el mismo grado!

## NOTAS AL AIRE

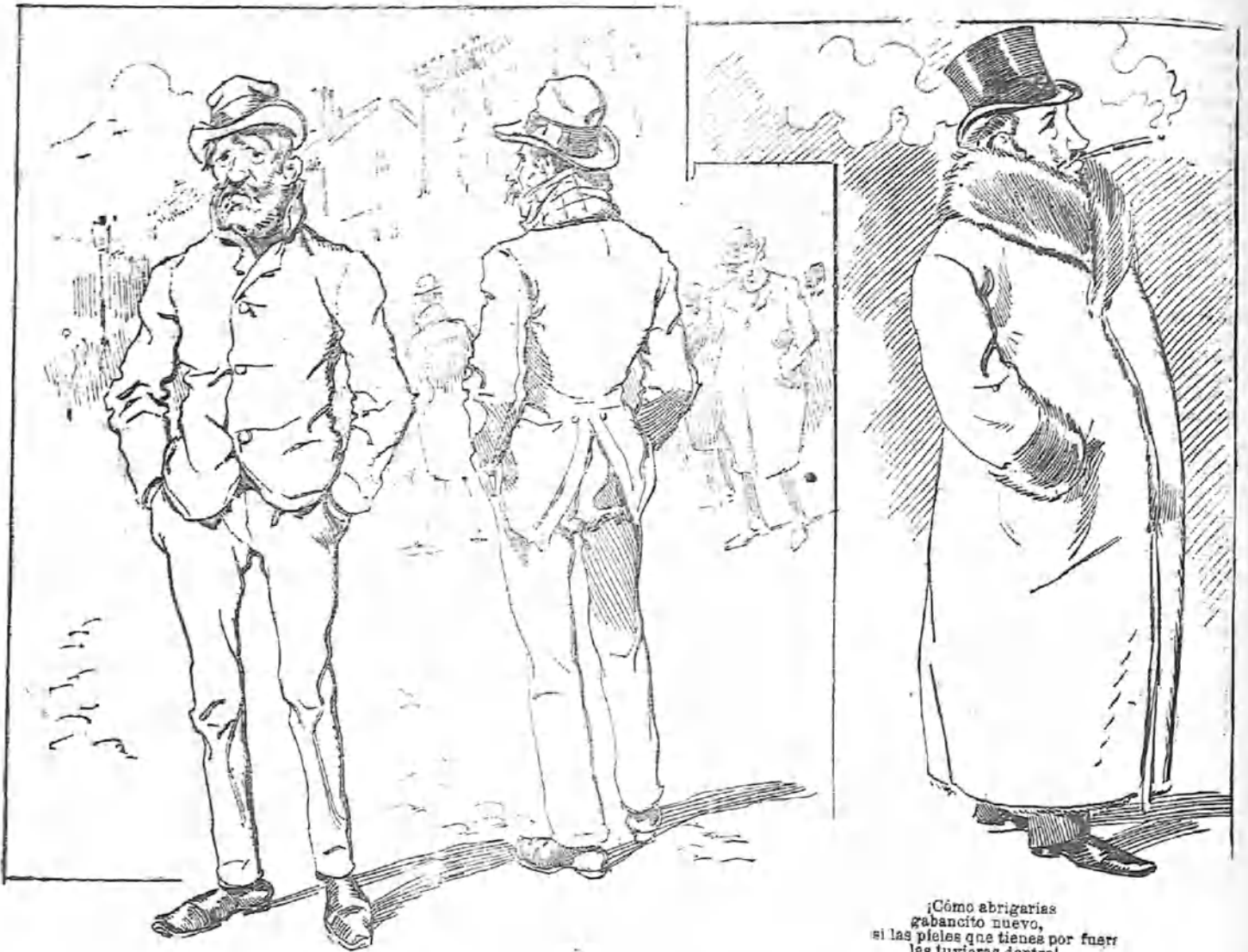
(EN EL ABANICO DE PEPITA BARTHE)

Mezcla de chula y princesa,  
y linda como tú sola,  
tienes la gracia española  
y la finura francesa.  
Lo mejor de su país,  
al nacer, te dió tu madre.  
Para ti encargó tu padre  
toda la *crème* de París.  
Y, tomando de los dos,  
de ella gracia, y de él finura,

eres, linda criatura,  
una bendición de Dios.  
Sabes sentir y pensar:  
hecha una mujer completa,  
discurre como Gambetta  
y hablas como Castelar.  
Y al ver rendido y cortés  
esa cara como un sol,  
te digo «olé!»... en español,  
y digo «mon Dieu!» en francés.

José Jackson Veyán.

# ABRIGOS



En estos días de invierno  
¡qué angustias y qué fatigas  
pasarán los que no tienen  
ni el calor... de la familia.

¡Cómo abrigarías  
gabancito nuevo,  
si las pieles que tienes por fuera  
las tuvieras dentro!



- Con los vientos y revuelos  
de este viento que destapa,  
¿me queréis decir, oh cielos!  
para qué sirve la capa?



¡Qué gran cosa es la bufanda!  
Se abriga el cuello con ella,  
y el resto del cuerpo ¡anda!  
que le parta una centella!

1/170

## UN DÉBIL

Por haber logrado Roque realizar toda su ambición, era uno de los seres más felices de la tierra. Verdad que dicha ambición no era cosa para la que se necesitaran grandes arranques, ni bastaría á otro hombre de condición menos mansa y acomodaticia que la de Roque. Pero para éste las necesidades de la imaginación no existían. Un cuerpo satisfecho en sus modestos apetitos; una existencia metódica sin choques ni preocupaciones; la monotonía de un trabajo de máquina, que era más bien un regalón descanso continuo en el que se hundía el espíritu con perezosa somnolencia; la tranquilidad en su hogar, la mujer honrada y no fea, los hijos reventando de gordos y de brutos. Con esto le bastaba á Roque para considerarse completamente dichoso.

Desempeñaba el cargo de cajero en un almacén de géneros de punto de esta corte. Tarea fácil... Recibía del comprador el dinero y el talón extendido por el dependiente. Examinaba con gran cuidado las monedas, devolvía el resto, si lo que se le entregaba excedía del importe de la compra. Anotaba en el libro la cantidad recibida y el concepto de la misma. Así decía él: «Tantos pares de calcetines de hilo crudo á tanto, total tantos. Los tantos pares eran el concepto. Colocaba el talón en un sujetapapeles para nacer después la comprobación... y esto, repetido muchas veces al día, era su trabajo, más la suma de todas las cantidades por la noche antes de rendir cuentas al principal. El sueldo, dos mil pesetas anuales que con mil quinientas que producían unas tierras propiedad de su mujer, y otras mil, renta del capitalito que él heredó de su padre, formaban un total de cuatro mil quinientas pesetas, cantidad suficiente para que la familia lo pasara con desahogo, merced á un plan sabiamente dispuesto. Porque, eso sí, el método era para Roque la única ciencia que merecía respeto, y vida en que faltaba ó en la que se perdía por cualquier motivo la exactitud que debía tener, era vida de angustia, sin base, sin dicha posible; vida de bohémios que terminaba en la miseria, en la bancarrota... en presidio á veces.

Por su mujer sentía un afecto tranquilo, igual, casi monótono. En los diez años que llevaban de matrimonio, nada había alterado la paz de que disfrutaron desde el primer día. Juana era una mujer muy condescendiente, muy de su casa, y á juzgar por las apariencias, sentíase dichosa por haberse casado con un hombre



del carácter y condiciones de su marido. Un solo defecto tenía, si de tal puede calificarse su afición á los mariscos, á los langostinos sobre todo; pero, á fuer de esposo complaciente, Roque no atacaba la afición ni ponía obstáculos á que se realizara de vez en cuando. Todos los meses, el día en que le entregaban su paga, al salir del almacén, daba el hombre un rodeo antes de ir á su casa, para comprar el apetecido regalo. Un cuarto de kilo de los langostinos más gordos y más frescos que hubiera. Iba siempre á la misma pescadería, situada en la calle del Príncipe, porque en su opinión allí recibían el género mejor, y su mujer era muy delicada en este punto. Para obligar más al pescadero, decía, al tiempo que éste echaba las pesas en el platillo de la balanza: «Escójamelos usted buenos... ¿eh? Son para un enfermo...»

Pues sobre este hombre tan cariñoso, tan tranquilo, tan amigo del orden doméstico y de la vida sin agitaciones ni desconciertos cayó la más horrible de las desventuras. Su compañera de tantos años, su Juana, la mujer á la que entregó la virginidad de su cuerpo y de su alma y á la que jamás faltó ni aun con el pensamiento, fué acometida de pronto de una mala tentación, y olvidándose de su limpiezísima historia y de sus deberes de esposa y madre, con el ansia de los treinta y cinco años en mujer que no ha gustado el picorcillo de la sal del amor, abrió á otro hombre sus hasta entonces castísimos brazos, y fué una de tantas más de las que el diablo tiene apuntadas en su lista para reclamarlas el día del juicio porque perdieron el que tenían.

Y una tarde en la que Roque, por sentirse algo indispuerto, pidió y obtuvo licencia del principal para retirarse del almacén antes de la hora de costumbre, al entrar en su casa quedóse como piedra viendo en amoroso é íntimo coloquio á su mujer con un jovenzuelo no mal parecido, que al advertir la presencia del esposo levantóse precipitadamente del sofá en que estaba sentado junto á la infiel esposa, y con gran azoramiento y espanto, de cuatro zancadas se puso en la calle, sin que la emoción profunda que sufría Roque permitiese á éste hacer movimiento alguno para cortar la retirada.

—¡Tú!... ¡tú!... haces eso?... ¡Tú!—exclamó el infeliz dirigiéndose á su mujer, cuando pudo hablar.

Juana, escondiendo el rostro entre las manos, rompió en desgarradores sollozos. Su marido permaneció un largo rato inmóvil ante ella, con los brazos tendidos á lo largo del cuerpo y la expresión de un hombre al que un golpe inesperado ha entontecido. Al fin, con un movimiento de disgusto hundió las manos en los bolsillos del pantalón, movió repetidas veces la cabeza y empezó á pasear por la reducida estancia. De vez en cuando, al llegar junto al sofá donde su mujer continuaba en sus quejidos, deteníase un instante, acentuaba el movimiento de su cabeza y repetía:



—¡Tú!... ¡Tú!...

En esto oyóse en el interior gran ruido de infantiles voces y de desahogado llanto. Roque dijo:

—Son los niños... anda á ver qué pasa... Habrán hecho alguna diablura... Claro... están solos... Vamos... anda...

Juana se levantó limpiándose los ojos con el pañuelo. Ya estaba en la puerta cuando su marido la llamó para decirle:

—¡Y cuidado!... ¡Que no se enteren de nada!... ¿eh?... No llores delante de ellos... No hay que asustarles... Las criaturas no tienen la culpa de estas cosas...

Al quedarse solo Roque se dejó caer sobre un sillón. Estaba atontado. No comprendía aquello... ¿Qué locura le había dado á Juana para cometer una acción semejante?... No... Y las cosas no podían quedar así... El, Roque, necesitaba tomar una resolución; esto era, una resolución enérgica. Se habían burlado de él de una manera sangrienta, le habían escarnecido... Ultraje tan fuerte pedía... sí... pedía algo... Pero ¿qué?... estaba claro. Roque iría en busca del infame, le abofetearía delante de todo el mundo... Le obligaría á batirse, empleando todos los medios imaginables. Sí... se batirían...



Pensando en el duelo, que daba como inevitable, Roque sentía que una mano de hierro apretaba su garganta... Sudoroso y sofocado se levantó del asiento y volvió á pasear por el cuarto... El desenlace que en su imaginación daba al desventurado suceso le pareció muy duro á los pocos momentos de pensar en él... Es decir, ¿que el hombre honrado, bueno, padre de tres hijos, había de verse en el caso de exponer su vida, de pagar tal vez una culpa que no había cometido? No. Esto no era justo ni lógico. Preciso era pensar mucho antes de decidirse á tan extrema resolución. Además, miradas imparcialmente las cosas, resultaba que el jovenzuelo aquel no era el mayor culpable, sino Juana: Juana, que sin duda le había alentado con sus coquetuerías; Juana, que no hizo la resistencia que debía... El otro se encontró con mujer blanda á la acometida, débil para la tentación, olvidadiza de los deberes que le imponía su doble condición de esposa y madre. Sobre ella había de recaer el castigo.

Pero ¿cuál era éste? ¿Qué hacía Roque? ¿Matarla? ¡Por Dios, qué barbaridad! ¿Cómo iba él á matarla?... Verla caer en el suelo, con palidez cadavérica, revolviéndose en los espasmos de la agonía, con el pecho ensangrentado, los ojos vidriosos, la boca torcida... Verse luego camino de la cárcel-modelo, entre agentes de la autoridad que lo arrastraban... Oír el vocerío de la gente que se detenía para verle pasar, diciendo: «¡Ha matado á su mujer! Aquí... en la calle de Tudescos... ¡Tiene tres hijos!...» Y luego el juicio oral... La sala llena de gente... Muchos señores vestidos de toga... y él sentado en el banquillo, con una pareja de la Guardia civil detrás. ¡Que no podía ser! ¡que él no era hombre para matar á nadie!

En estas cavilaciones pasó el resto de la tarde, sin que su mujer apareciera por el cuarto en que él estaba. Al llegar la hora de la comida creció el desasosiego de Roque. Acostumbrado, como se ha dicho, á un método riguroso, comenzaba á sentir la falta del mismo. En la casa no se percibía más ruido que el de las voces de los niños, y ése atenúase como si alguien les impusiera silencio. Roque aguantó una hora. Al fin se decidió á salir... Entró en la habitación que ocupaban los niños. Estos habían formado corro en torno de su madre, que, sentada en una silla, continuaba llorando con gran desconsuelo. Los pequeños parecían espantados y, sin atreverse á gritar, clavaban en Juana sus ojos muy abiertos. Viendo aquel trágico cuadro, sintió Roque que se le encogía el corazón, y tuvo que morderse los labios para no acompañar á su mujer en su llanto. Al verla los chicos se estrecharon más contra su madre, dirigiendo al infeliz miradas de terror, con lo que Roque se

sintió aniquilado por completo. Indudablemente los niños comprendían que él era la causa de las lágrimas de su madre; en la actitud que tomaron leíase una acusación tremenda.

Repuesto un poco Roque, dijo:

—Pero ¿qué es esto? ¿Es que no vamos á comer?... ¡Ea... niños... ¡á la mesa! ¡á la mesa!

Y acercándose á su mujer, añadió en voz baja:

—¿Te parece bien lo que haces? ¡A los niños no se les escapa nada! Además, la chica se está enterando de todo. ¿Es que vamos á dar un cuarto al pregonero de las interioridades de nuestra casa?

Dicho esto, tomó una actitud enérgica, y en voz alta repitió:

—¡A la mesa!

La noche la pasó Roque con gran desasosiego. Su primera idea fué no acostarse con su mujer, porque después de lo sucedido la intimidad del lecho en común le parecía humillante, algo como el primer paso para un perdón y un olvido á los que no se encontraba dispuesto. Pero, después de reflexionar un poco, acometióle el recelo de que la criada se enterase de que los señores habían pasado la noche separados, y por ser gran chismosa, fuese con el cuento á la plaza, con lo que el escándalo subiría de punto. Es de advertir que la alcoba que Roque y su mujer ocupaban era de tan reducidas dimensiones que sólo cabía en ella la cama de matrimonio, y eso por estar arrimada á la pared, de forma que Roque tenía que pasar por encima del cuerpo de su consorte para ocupar su sitio. De esta estrechez del cuarto resultaba la necesidad de que, en el caso de que á Roque repugnase dormir con su mujer, preciso le sería hacerlo en otra habitación, y no en la cama, porque no la había, sino en un sofá ó sentado en una silla. Total, lo que se ha dicho, la seguridad de que la criada se enteraría de todo. Temiendo Roque esto, decidió no romper su costumbre de acostarse con Juana. La única diferencia fué que aquella noche, al pasar por encima de ella, lo hizo con menos cuidado que otras veces, como si no le importara plantar su pesadísimo pie sobre cualquier parte delicada de la otra, y apenas se vió entre las sábanas, volvióse de espaldas con gran dignidad, lanzando un amenazador rugido. Pensando en la resolución que había de tomar pasó la noche, sin que en toda ella le fuera posible pegar los ojos. Por más que cavilaba no entreveía Roque la solución de aquel gravísimo problema. Al amanecer, sólo de una cosa estaba convencido, de que por entonces no mataba á nadie.

En cuanto á separarse de su mujer, la cosa era muy ardua. Pedía gran tranquilidad de juicio... ¿Qué iba á ser de los niños?... ¿Quién los cuidaría?... ¡Iba Roque á irse á vivir á una casa de huéspedes con los pequeños? ¡Iba á traer á la suya otra mujer, una desconocida que les atendiese á todos? No... esto era imposible... ¿Qué diría la gente? ¿Qué respondería él á los niños, cuando le preguntasen por su madre?... Además, todo el orden impuesto á fuerza de constancia y de exquisito cuidado tenía que sufrir honda transformación con la nueva vida... Era muy difícil encontrar quien en este punto sustituyera dignamente á Juana... á Juana, que en las postrimerías de su juventud había cometido una falta irreparable, á Juana, que no merecía más que desprecio, conformes, pero que como mujer arreglada y económica y hecha á las costumbres de Roque era un primor.



A la hora de siempre marchó á su trabajo. La monotonía de este dió relativa calma á su alterado cerebro. Cuando á la una fué á comer iba más tranquilo. Juana seguía llorando, y entre sollozo y sollozo tragó algunos bocados... Los niños miraban á su padre con la expresión de terror de la víspera. Tanto tristeza contagió á Roque,

que daba grandes resoplidos y se agitaba en su asiento con muestras de disgusto. Al marcharse otra vez á su tarea, y como su mujer continuase hipando, la dijo sin mirarla:

—Te parece esto bien? Acabarás por ponerte mala.

Aquella tarde le sucedió lo que nunca. Equivocó dos ó tres cantidades. Los conceptos de éstas no salieron mejor librados y, en fin, caso inaudito! tuvo que rehacer por dos veces la suma total antes de cerrar el libro.

—Si—decía al salir del almacén,—se pondrá ella mala... me volveré yo loco... daremos el escándalo *hache*. Los niños... ¡sabe Dios lo que será de los niños! ¡Esto es una locura! ¡lo que se dice una locura!

Como último día de mes, había cobrado su paga. Siguiendo su antigua costumbre, iba el hombre camino de la pescadería, sin darse cuenta hasta que estuvo á dos pasos de ella. El pescadero, al verle, había echado las pesas en la balanza y escogía los langostinos.

—Hoy sí que son buenos—dijo á Roque.— ¡Y baratos!... A diez reales... Han llegado muchos...

Roque dió un paso atrás con intención de alejarse, vacilación que duró muy poco. Miró los langostinos, miró al pescadero, miró... sí... fué su vida pasada lo que miró... Su vida, que amenazaba romperse con un cambio brusco, su método desquiciado, sus costumbres de cuarenta años alteradas, su casa llena de polvo, las sillas fuera de su lugar, sus hijos sucios, arrastrándose por el suelo y preguntando por su madre, él mismo desesperado, la otra lejos... No, ¡no podía con tanto! Una ola de melancolía inundó su espíritu, y con voz débil, apoyándose en una cubeta de ostras, dijo al pescadero:

—Ecoja usted los más gordos... ¡Son para un enfermo!

*Luís de Ancoena.*

\*

## CHISMES Y CUENTOS

Ya que tan pocas ocasiones se presentan de alabar á la prensa, hay que aprovecharlas.

Vaya, pues, una felicitación sincera y entusiasta á *El Imparcial* por la gallarda muestra de empuje y poderío dada con la publicación del Mensaje de Mac Kinley, en la parte concerniente á Cuba, algunas horas después de leído en Washington.

¡Eso es *hacer* un periódico y eso es honrar á toda la clase!

Y vaya también un aplauso al *Heraldo* por su artículo de fondo del miércoles, notable trabajo que interpreta admirablemente el pensamiento de la Nación y debe servir al Gobierno de aviso saludable.

—

Por cierto que el Consejo de ministros, después de examinar el Mensaje detenidamente, acordó declarar que no encuentra en él más que motivos de satisfacción vivísima.

Á tal extremo de rebajamiento hemos llegado que oficialmente nos parecen de perlas los insultos y las amenazas que se nos dirigen, encontramos muy puesto en razón que se diga por el jefe de un Estado que nuestro ejército hace guerra salvaje y que se espera á ver qué resultado dan unas concesiones absurdas hechas al enemigo para intervenir con la fuerza armada en nuestros asuntos interiores.

Es decir, que nos llena de alegría que los Estados Unidos se declaren tutores y curadores de la isla de Cuba.

—

En la cual ha empezado á dar sus frutos la autonomía.

Los que van á dirigir aquel cotarro no asan y ya pringan. Antes de establecer el nuevo régimen han salido á la superficie rencillas y ambiciones que indican claramente que antes de un año se van á tirar los trastos á la cabeza, por no ser menos que las restantes repúblicas americanas, donde, desde que se declararon independientes, no hay orden ni concierto, ni paz, ni tranquilidad, ni riqueza, ni nada...

¡Intervención!

¡Lo que se impone es una nueva intervención de Europa en América para acabar con semejantes escándalos!

—

Al mismo tiempo que el dichoso Mensaje se han recibido extensos despatches dando cuenta de las hazañas de los insurrectos en Guisa.

Atacaron con cañones de dinamita, quemaron vivos á los defensores del poblado y no dejaron con vida uno solo de sus habitantes. ¿Cómo? ¡De una manera que da horror! Descuartizando niños, arrojando á los pozos á las mujeres, ahorcando á los hombres...

## JUAN PEREZ ZUNIGA



Esta obra se pone hoy á la venta en las principales librerías y en la Administración de este periódico.

No hay que decir que serviremos en el acto cuantos encargos se nos hagan.

Precio de cada ejemplar: Dos pesetas.

Á los libreros, corresponsales y suscriptores del MADRID CÓMICO, una peseta y veinticinco céntimos.

Parecía lógico que, después de tamaña barbarie, todas las fuerzas útiles de la isla se dedicaran exclusivamente á perseguir, cercar y copar á esa partida de fieras, para amarrar á todos sus individuos y asarlos en las parrillas á fuego lento...

Pues no, señores, los periódicos ministeriales han lanzado la feliz idea de que con el sistema de compasión del general Blanco es como se irá acabando poquito á poco el vandalismo.

Sin tener en cuenta que lo que se consigne con eso es dejar indefensos á los leales y envalentonar con la impunidad á los incendiarios y asesinos. Sólo de pensar que los criminales de Guisa purgan sus horribles delitos presentándose á indulto, la indignación ahoga al más santo.

Y ¿saben ustedes lo que les digo?

Que si tuviéramos cara, que no la tenemos porque nos la han deshecho á sopapos, debía caérsenos de vergüenza.

Porque no se puede dar una prueba mayor y más clara de debilidad y de miedo.

—

Y, para postre, lean ustedes:

«El secretario del alcalde, autor de la hoja clandestina, al día siguiente de ser puesto en libertad, se paseaba en coche descubierto acompañado de sus amigos y celebrando la hazaña.»

¡Claro! Ahí tienen ustedes un hombre solo que se burla de una nación entera. Felicitemos al Sr. Moret y... vayámonos á la Venta del Grajo.

\*

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*N. Migo.*—No versifica usted mal, no, señor. Lo que le falta es escoger bien los asuntos.

*Amelia.*—Digo á usted lo mismo. ¡Lástima de soneto para decir una vulgaridad.

*Amigos de Goya.*—Qué guason es usted, amigo! Esos trinos del serón, así sin hacer, llegan al alma.

Sr. D. L. G. M.—Lo mejor es la dolera, y ésta tiene el inconveniente de acabar... como acaban todas las composiciones humorísticas de hace muchos años: con los bastonazos del padre de ella.

*Sinesio.*—¡Vaya! Ven que aún hay buen humor en mi querida patria.

*Tres chinos.*—Inéditas sí serán, y nadie se atreverá á negarlo, pero lo que es buenas... ¡ay, no!

Sr. D. R. L.—No; no va á ser mejor que los demás. Lo que hay es que, por lo que en él verá usted, yo no puedo admitir más composiciones.

*Valen?*—Fíjese en la última parte de la contestación anterior.

Sr. D. F. A de C.—Y usted también. El misterio se aclarará dentro de quince días.

Sr. D. E. A.—Publicaré un retazo del poema, para que se vea de lo que es capaz un numen bien encauzado.

Allá va:

«A POLONIA

De los tiranos faiste  
hija adoptiva  
y por la tierra segaron  
toda la vida.

Pero de tus cenizas las naciones  
elevantán á la libertad sus corazones.»

(Sabe usted lo que hacía falta después de eso? Un poquito de música.

*Salicio.*—En el último número de año verá usted la explicación de todo y la razón de que no pueda admitir originales.

Sr. D. G. de C.—Es usted demasiado modesto. Porque no son muy malos; no son más que bastante medianos.

C.—Condiciones, si tiene usted, pero necesita estudiar mucho todavía.

*El uno cualquiera.*—Ambos son inocentes.

*Don Pepito.*—También eso peca de caudoroso, pero no es para enfadar á nadie, ¿qué demontre!

*Triguñuelas.*—Oportunamente verá usted anunciado el libro y su precio. No puedo aprovechar el soneto.

*Fuego de Dios.*—Pues... siento que no pueda usted ganar la apuesta, entre otras razones, por lo mismo que digo á *Salicio* un poco más arriba.

*Llarineca.*—Tienea un defecto capital. El de la vulgaridad manifiesta.

*Cuál?*—La idea no es mala, aunque tiene dentro demasiada amargura. Pero la forma resulta un poco pedestre.

Sr. D. E. M.—¡Yal ya se ve que se aburren ustedes; pero ¡caramba! teniendo tanto tiempo de sobra, bien podía usted buscar asuntos que valieran la pena.

*Un principiante.*—Lo que hay es que ese género pasó de moda. Taboada ha hecho de él una parodia que acaba

«Soy la jareta del calzoncillo,  
la cinta tuya,

que lo mató por ridículo. Y de esto ya hace años.

*Un chasco.*—Sabe usted que eso tiene verdadera gracia! Pero no es gracia publicable... Y apropósito: todavía no se ha enterado la humanidad que Eustaquia y Serapia son consonantes.

Sr. D. C. E. M.—A la respuesta dada á *Salicio* me remito también. Siento ser pesado, pero no tengo otro remedio.

PLUMEROS, CEPILLOS, GAMUZAS

SACUDIDORES DE JUNCO Y DE DRILLO

HULES PARA MESAS Y VASARES

Completo surtido y precios ventajosos.

BRILLO PARA PAVIMENTOS

EL MEJOR Y EL MÁS BARATO

BURLETE

A DIEZ CÉNTIMOS METRO

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

CONSERVAS

DE

AVES, CARNES, PESCADOS Y MARISCOS

MARCA

LA NOYESA

Depósito exclusivo de los exquisitos chocolates de cacao.

JUAN SOUTO CHAS É HIJO.—SANTIAGO

Vinos gallegos puros del Rivero.

A. SOUTO.—Mayor, 86.—MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Realaga.—Aznarcanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOGA—TÉS

30 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas; año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro matno, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificandó en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

A los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Península, 4, primeró derecho.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 15 dep.º